

SERGI GAVALDÀ

USUFRUCTUARIA

LAS SOMBRAS DEL PASADO HAN VUELTO
Y NO ESTÁN DISPUESTAS A DARLE TREGUA

Platero
COOLBOOKS 

Título: Usufructuaria

Primera edición: febrero, 2023

© 2023, del texto e imagen de cubierta Sergi Gavaldà.

© 2023, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Fotografía de cubierta por The Factory Fotografía.

Modelo de cubierta Nerea Gagino.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de portada: Platero CoolBooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 361-2023

ISBN: 978-84-19492-37-1

*A mi amor, mi razón de sonreír cada mañana.
Por ti daría mi vida entera.*

*El tiempo no duerme los grandes dolores,
pero si los adormece.*
—George Sand

6 de diciembre de 1966

Seis aterradoras sombras cruzaron el alto muro que las separaba de su cometido, ayudándose las unas a las otras a trepar por él. Era negra noche. La luna llena reinaba en lo alto del cielo, oculta tras las infaustas nubes. Un gélido temporal obligaba a todos los habitantes de Santa Caterina a refugiarse en sus hogares. Llovía a cántaros. El silencio sepulcral que reinaba en las pequeñas callejuelas oscuras era tan solo interrumpido por el sonido del agua precipitándose en sus irregulares adoquines. Con la única compañía de sus pies descalzos sobre la hierba empapada, cruzaron el jardín y abrieron la puerta de la casa. Tras un par de maniobras bien coreografiadas y para las que se requería el sigilo de un caimán acechando a su presa desde el interior de un pantano, consiguieron al fin lo que tanto ansiaban y para lo que tanto tiempo habían sido adiestradas. Y alejándose en silencio de allí, dejaron una cuna vacía.

1

24 de noviembre de 1992

Mi Ford Fiesta avanza a toda velocidad bajo la cauta luz de las farolas. La ancha carretera que se aleja del bullicio de la ciudad se oscurece cada vez más a medida que trepa hacia los Pirineos. Los desnudos árboles que moran a cada lado de la calzada se alzan amenazantes e impunes, capaces de devorar a cualquiera en mitad de la negra noche. Las lúgubres sombras me aprisionan en sus redes y no consigo hallar sosiego en la oscuridad.

Entrecierro los ojos y me agarro con fuerza al volante. Los limpiaparabrisas se mueven a su máxima potencia y apenas pueden contrarrestar las perpetuas embestidas del diluvio. La chapa del techo de mi coche martillea incesantemente con el ímpetu del agua que, desde el interior del vehículo, percibo como los picotazos de mil cuervos. Incesantes fisuras de luz desgarran la noche iluminando a ráfagas el cielo encapotado.

Tendría que haber salido de día. No debería haber esperado hasta tan tarde. La desierta carretera se está volviendo cada vez más resbaladiza y el camino se me antoja eterno. Un miedo visceral se adueña de mí y me impide mantener la calma. Empiezo a temblar como una hoja otoñal ante una feroz ráfaga de viento. Debo parar en el arcén, pero me resulta difícil distinguir donde acaba la carretera y dónde empieza la cuneta.

A los pies de las imponentes y gélidas montañas, empiezo a divisar las luces de un campanario. Deduzco que debe ser el de

Santa Caterina. Ya estoy cerca de mi destino. Aprieto los labios y fijo mi atención en la sinuosa carretera que aún tengo por delante. Me sentiré aliviada cuando llegue, pero ahora mismo mis músculos agarrotados por el largo viaje me obligan a aferrarme al volante con una fuerza desmedida.

Parpadeo una y otra vez, sin dejar de mirar a través del parabrisas, escudriñando con atención cada palmo de carretera por el que avanzo. Una espesa niebla se apodera de los bosques que abrazan el asfalto. Y entonces sucede algo que activa en mí un engranaje instintivo. Un jabalí se ha cruzado en mitad de mi camino.

Pierdo el control de mis neumáticos y el coche empieza a mecerse peligrosamente hacia un lado y otro de la carretera. Zarrando el volante con todas mis fuerzas intentando mantener el control, pero me precipito inevitablemente hacia un costado de la cuneta. Empiezo a gritar.

Mi cuerpo se sacude virulentamente. El coche se incrusta con violencia contra el robusto tronco de un pino, prensándose como una lata vacía. Inmediatamente siento la presión del cinturón de seguridad aplastándose contra mi pecho.

Todo ha sucedido en lo que a mí me ha parecido una milésima de segundo. El profundo silencio que sucede al accidente es tan solo interrumpido por los quejidos de los truenos en la distancia. El sonido de la lluvia me devuelve poco a poco a la realidad. Intento moverme, pero no puedo. Intento gritar, pero no lo consigo.

Me agarro el vientre con fuerza y lo palpo sin cesar. Siento una fuerte patada de mi hijo, albergado en mi interior, atravesando mi piel. Levanto mi jersey. No veo sangre. No hay heridas. Mi bebé está a salvo. «Tranquilo, hijo, no te pasará nada malo». Palpo también mis pantalones. Afortunadamente, todo sigue en su lugar. La llave de mi destino sigue aguardando impaciente. No la puedo perder.

Con un fuerte forcejeo consigo abrir la puerta del coche, convertido en un acordeón. No puedo perder tiempo esperando a que alguien me ayude. Llegaré al pueblo andando, aunque haga mucho frío. Con la intensa humedad calándome los huesos agarro las

maletas que guardo en el maletero y emprendo mi rumbo siguiendo la serpenteante carretera. La mujer asustada que hace unos minutos conducía el coche con pavor se ha convertido ahora en una tenaz leona protegiendo a su bebé.

En pocos segundos la feroz tormenta me ha empapado el abrigo. Siento el agua mojando mi cara, helada como el filo de una daga. Recorro la estrecha calzada lateral sin mirar a mi alrededor, para que el miedo no se apodere de mí. Me duele el cuello a causa del impacto, pero consigo sacar fuerzas hasta de donde no sabía que las guardaba. Las maletas me pesan cada vez más, pero no puedo desfallecer. Tras girar una última curva llego a la entrada del pueblo.

Santa Caterina se encuentra en un escondido valle albergado entre las altas cumbres que dan la bienvenida a los Pirineos, al norte de Catalunya. Sus diez kilómetros cuadrados de extensión cobijan a sus dos mil habitantes entre las sombras de las altas montañas, y están rodeados por espesos y húmedos bosques, en su mayor parte de pinos, abetos y cedros.

Con el paso acelerado por sus calles, sé que no estoy sola. Las aceras mojadas transportan silenciosos misterios que susurran en la oscuridad. Un repentino escalofrío desciende rápidamente por mi columna vertebral. Aunque la calle principal que apunta al campanario parece totalmente desierta, una oscura silueta me observa fijamente bajo la copa de uno de los árboles que adornan la avenida. Con los ojos herméticos, una vieja y enjuta señora vestida enteramente de negro no me quita sus ojos de encima. Guarda las manos en la espalda, completamente estática. La niebla ha remitido y la luz de los fanales deja entrever su traslúcida piel blanca. No quiero mirarla directamente, pero cuando la observo de soslayo, me devuelve una amplia y aterradora sonrisa. De pronto, con el destello de un fortuito relámpago, desaparece en la oscuridad.

Contengo mi miedo. Con el estómago apretado, sigo mi camino a toda prisa. Debo alejarme de aquí. Las maletas pesan cada vez más. Mi vientre también. «Tranquilo, bebé. Ya estamos a punto de llegar». Necesito parar, pero no puedo. Recuerdo que mi

destino se halla justo al lado de la iglesia. Cuatro calles confluyen en ese punto, así que, al umbral de su puerta principal, busco rápidamente a mi alrededor para tratar de recordar cuál era la calle que estoy buscando. Las campanas empiezan a repicar. Sus ecos me advierten de que ya es medianoche.

Logro divisar, entre las fachadas de las casas, una puerta de madera que me es muy familiar y, sintiéndome muy segura de mi decisión, corro hacia allí.

Apoyo las maletas contra la pared de la casa. Calle Mayor, número siete. Alzo la vista y, cubriéndome la frente con el antebrazo a modo de visera, observo el edificio en su totalidad. El viento azota las persianas exteriores que cuelgan de las ventanas, arrojando su rencor contra la fachada.

Saco la llave que guardo en mi bolsillo y la introduzco en la cerradura de la puerta. La hago girar ayudándome con el peso de mi antebrazo y, tras un par de brascas maniobras, la puerta cede generosamente.

Cojo mis maletas y las introduzco intentando no resbalar con el empapado escalón que da la bienvenida al recibidor. Con el pie, aparto las fustigadas hojas que se han colado a través de una de las rendijas de la madera. Por primera vez en aquella interminable noche, me siento cobijada, pues por fin he llegado a mi antigua casa familiar.

Como un relámpago, un fortuito pase de diapositivas que no consigo detener aparece ante mis atorados ojos. Una interminable secuencia de imágenes me muestra sin pedir permiso todos los macabros hechos que he tenido que presenciar esta frenética noche hasta llegar aquí.

Me he visto obligada a hacer algo terrible. Y no pienso contarlo.

2

El silencio atrapa la estancia. Los sonidos de la noche invaden la habitación convirtiéndose en el prelude de una amenaza incumplida. La oscuridad es mi única compañera. Necesito algo de luz, así que palpo la pared que tengo a mi izquierda para intentar encontrar algún interruptor. Hay algo en mí, un nubloso recuerdo lejano que me guía inconscientemente susurrándome al oído. Estoy en lo cierto. Lo presiono y corroboro que funciona correctamente. Me doy con un canto en los dientes al ver que tras tantos años abandonada sigue disponiendo de una fuente de electricidad que todavía funciona. Me pregunto si también dispondrá de agua. Es extraño, pero ya resolveré ese misterio más adelante. Una luz se enciende tímidamente en la herrumbrosa lámpara que cuelga del techo. Estoy en el recibidor principal de la casa.

Me giro para cerrar la puerta e impedir que siga entrando el agua, con su rumor incesante. Al levantar la mirada al frente, a un par de metros de la puerta e inmóvil como una figura de cera, la mujer vestida de negro que hace unos minutos he visto junto a un árbol, me observa hermética desde la calle. Su pelo negro mojado y su traslúcida piel blanca me hielan la sangre. Un escalofrío recorre mi espalda y me deja sin respiración durante un eterno segundo.

—¡Dios mío! ¿Qué quiere?

—Bienvenida —dice la señora acercándose mientras me sonrío siniestramente, como un monstruo saliendo de un profundo lago.

En ese momento, sin pensarlo, cierro la puerta con todas mis fuerzas.

Estoy tan asustada que no me reconozco a mí misma. No sé dónde han quedado mi fuerza y mi ímpetu. Percibo que estoy cerca de la muerte. No a punto de morir, sino sintiendo el pánico que produce la muerte de verdad. Esa mujer huele a muerte. Rezuma muerte por cada poro de su piel. Tengo el pulso acelerado, inquieta por lo que pueda suceder. Encuentro una mirilla en la puerta. Me apoyo con las manos y miro a través de ella. Tengo que parpadear un par de veces para intentar buscarla, pero ha desaparecido. Lo único que percibo es el vago rostro de su tétrica fragancia desapareciendo bajo la lluvia.

Me siento en el escalón durante un instante para intentar buscar alivio. Abro una de mis maletas y enciendo una linterna a toda prisa. La luz encendida apenas me alumbra, y presiento que me sucederá igual con las demás que intente encender. No ha sido buena idea venir de noche. Debería haber esperado a que amaneciera y venir con más tranquilidad. A veces me cuesta esperar.

Alzo la vista hacia los amplios techos de la estancia. Desde aquí sentada los veo muy altos. Examino el espacio a mi alrededor, pero no hay gran cosa. Una vieja cajonera de madera a un lado, un perchero que cuelga de la pared y, en una esquina, un butacón de tela raída por el paso del tiempo. Al otro lado del recibidor, frente a mí, una puertecita de madera y ocho escalones que suben a la primera planta. Huele a cerrado. A podredumbre. A humedad. Da la certera impresión de que la casa lleva años deshabitada.

Me levanto lentamente. Me sostengo el vientre. «Vamos, cariño. Es hora de moverse». Vuelvo a mirar a mi alrededor con más ahínco, pero solo albergo vagos recuerdos de este lugar. Era muy pequeña la última vez que estuve aquí, jugando con mis muñecas de trapo.

Subo las escaleras agarrándome a la barandilla de hierro. Necesito encontrar una cama en la que poder dormir. Cuando haya amanecido ya examinaré la casa con más detenimiento, pero ahora necesito descansar.

No consigo encontrar ningún interruptor aquí. Alumbro todas las paredes del segundo recibidor al que acabo de acceder. A mi derecha veo una puerta que intuyo que da a una habitación. Ya con la mano en la manecilla con la intención de abrirla, la fragorosa luz de un relámpago se cuela por una de las ventanas traseras durante un par de segundos. Al fondo del pasillo se ilumina la silueta de una mujer que me mira fijamente, con sus brillantes ojos incrustados en la noche. Viste un camisón blanco transparente que deja ver sus huesudas piernas blancas.

—¿Quién es? ¿Qué hace usted allí?

Cuando el fulgor desaparece, también lo hace la silueta.

Mi pulso se acelera de nuevo y mis músculos se tensan aún más. Corro tras ella. Sé lo que he visto. No estoy loca, tan solo me siento agotada. Le ordeno que se detenga. Quiero hablar con ella para saber qué quiere, pero ya no está. Se ha desvanecido. Ilumino la zona donde inalterable me observaba, pero ahora, en su lugar, unas cortinas blancas se mecen lentamente con el frío viento que entra por una de las ventanas entreabiertas. Detrás hay una mesita con dos patas de madera muy finas. Está claro que no ha sido buena idea venir en plena noche.

Pienso en salir de allí e irme a dormir a un hotel. Trato de relajarme. Me siento sugestionada por el pánico que me provocan los lugares oscuros. Quizás es mejor volver cuando se alce el sol, pero no me apetece mojarme de nuevo cuando aún sigo empapada, y lo último que necesito ahora es encontrarme otra vez con la fúnebre señora de negro. Además, acabo de caer en la cuenta de que el Ford Fiesta está completamente destrozado. Estoy exhausta y necesito descansar.

Vuelvo a la puerta que me había dejado por abrir y, efectivamente, es una pequeña habitación con una vieja cama y una silla de ratán apoyada en la pared. Huele mal. El cubrecama está cubierto con una fina capa de polvo casi mohoso, pero presiento que es mi única opción. Examino minuciosamente cada rincón con la linterna. Las paredes, el techo, incluso debajo de la cama. Pero no observo nada por lo que haya que preocuparse.

Bajo de nuevo las escaleras para coger las maletas y las subo a la habitación. Cierro la puerta y bloqueo la entrada con la silla. Pienso inocentemente que así los monstruos que acechan en la oscuridad no podrán alcanzarme. Enciendo la luz. No pienso dormir a oscuras.

Ya sentada a los pies de la cama, abro la maleta. Tomo la única toalla que he traído y, después de desnudarme y dejar la ropa mojada en la silla que bloquea la puerta, seco mi pelo y mi cuerpo, sintiéndome más reconfortada. Me pongo el camisón de dormir y me cubro también con una gruesa chaqueta de lana para protegerme del frío.

Allí, entre la ropa, almaceno la correspondencia aún sin abrir que he cogido esta mañana de mi despacho. Hay varios sobres del hospital psiquiátrico en el que trabajo. Permanecerán cerrados, pues si estoy aquí, es en parte porque en mi estado actual necesitaba huir de mi apabullante rutina. En mi día a día, vivo rodeada de locuras que trato de solucionar haciendo uso de mi dilatada experiencia como psiquiatra. Y ya no puedo más.

A un lado, guardo también mis enseres personales. Entre ellos, se encuentra el que ha sido el motivo principal de mi decisión de volver a Santa Caterina. Hace ahora un par de semanas encontré de nuevo un antiguo collar que creí haber perdido. Lo había olvidado por completo, pero al verlo, una pequeña llamareda se prendió en mi interior. Era una vieja baratija familiar, pero de un incalculable valor sentimental. Tan solo un juguete con el que me deleitaba desde bien pequeña y que, sin saberlo, guardaba un oscuro secreto en su interior. No había sido fabricado para jugar, sino para un cometido mucho más oscuro.

Lo cuelgo en mi cuello. Con mis manos juego con él, pero ya no se trata de un inocente juego de niñas. Me siento atada a él. Siento que forma parte de mí. No puedo desprenderme de esta parte oscura y desdibujada de mí que me ata a un pasado al que no consigo llegar. Su oculto secreto me envuelve con un frío manto. Debo resolver este acertijo. Necesito descubrir de qué se trata.

3

25 de noviembre de 1992

Alexandra se asoma impertinente a la encallada ventana, que abre con brusquedad. El molesto chirrido de la antigua madera ahuyenta a un par de gatos negros que merodean por la calle Mayor en busca de comida. A estas tempranas horas de la mañana le ha parecido oír el ruido de una ventana cerrándose justo delante, en el número siete. «Eso es imposible», piensa. La casa de enfrente, la antigua casa de los Meyer, lleva años vacía, según le han contado. Se habría enterado si algún familiar lejano hubiera regresado, pues en Santa Caterina, las noticias jugosas y los rumores oscuros cobran vida propia. Su incesante necesidad de chismorrear la obliga a quedarse unos segundos más, mientras se muerde el labio inferior con imperturbable afán, observando con detenimiento cualquier movimiento extraño. El colérico cielo se desploma encima de ella sin darle tregua. En tan solo unos segundos empieza a estar completamente empapada, pero no parece importarle.

Vive en el número seis de la calle Mayor. La más pequeña y estrecha de las casas de la calle. Se diría que es acogedora. La fachada de piedra está bañada de color rojizo oscuro y del balcón principal cuelgan cuatro maceteros de terracota repletos de geranios que cuida y acicala cada día con mucho mimo. Se hace la tímida cuando las demás vecinas de la calle la alaban con oculta envidia, pero en el fondo sabe que tienen razón. Siente pasión por

cuidar sus plantas. Les pone un viejo casete cada día al despertar que encontró un día husmeando por los cajones y que contiene *Las cuatro estaciones* de Vivaldi, y les tararea piropos mientras las riega. Sabe que así crecen con más brillo.

Creció lejos de allí, a orillas del mar Cantábrico, en un pueblecito de Asturias, acompañada por la lluvia y los prados verdes. Cuando siente nostalgia cierra los ojos y puede contemplar con claridad las olas del mar picado y la sal bañando su piel. Recuerda con ternura cuando corría por las montañas dejándose caer por las colinas sin miedo a hacerse daño. Aún se acuerda de cómo ayudaba a su padre en las tareas de la granja familiar y el nombre y las manchas de todas y cada una de las vacas que había alimentado desde bien pequeña.

Hace un par de años, pocas semanas después de que su abuela falleciera, recibió una oferta de trabajo para cuidar a una anciana a tiempo completo en Santa Caterina. Nunca había oído de su existencia, pero no pudo rechazarlo. Siempre ha tenido ganas de descubrir nuevos lugares y sintió que allí ya no le quedaba nada más por hacer, pues cuando su padre la dejó, tuvieron que cerrar la granja para hacer frente a los pagos familiares e irse a vivir a un piso muy pequeño y sin ningún encanto al lado de una gasolinera.

Crece al lado de su abuela y ocuparse de ella marcó un sendero en su vida grabado a fuego. Ella le enseñó todo lo que sabe. Le inculcó su pasión por la naturaleza, por el amor hacia los demás, e incluso la introdujo en el misterioso arte de las ciencias ocultas y los fenómenos paranormales, que su abuela cultivaba con gran orgullo. Se siente muy feliz atendiendo a los demás y ha conseguido hacer de ello su profesión.

Llegó a Santa Caterina, en compañía de su perra Lía, con apenas dos maletas y una bolsita llena de semillas de tomates asturianos que guarda con mucho mimo para, quién sabe si, algún día, poder tener su propio huerto.

Unos rápidos golpecitos en la mesa del comedor la expelen de su fortuito embelesamiento.

—Perdóneme, Carmelita, ya cierro —se disculpa mientras las

gotas de agua le resbalan por la cara—. Voy a vestirme. Usted tómese el desayuno con cuidado, que todavía quema —le advierte a la señora mientras cierra repentinamente la ventana.

Aún con el batín de franela y completamente despeinada, se dirige al baño para empezar su riguroso ritual de belleza. Hoy se siente eufórica, así que necesita una banda sonora digna de su estado de ánimo. Rebusca entre su colección de casetes una cinta con los éxitos de Cindy Lauper. *Girls just want to have fun* empieza a sonar a todo trapo en su radiocasete estéreo y su batín cae al suelo como por arte de magia. Con el cepillo como micrófono tararea la letra de la canción y aprovecha los espacios en los que no tiene que cantar para cepillarse el pelo teñido de verde esmeralda. Moja sus rechonchos mofletes en el agua congelada que sale del grifo y se seca con una toalla. Sus caderas no paran de moverse de un lado al otro mientras agarra la crema hidratante corporal siguiendo una coreografía bien estudiada. Necesita cuidar su piel repleta de tatuajes de arriba abajo, así que empieza a embadurnarse con la espesa crema poseída por la melodía de los coros hasta que sus poros la absorben por completo. Coge un poco más para darle especial mimo a su tatuaje preferido, que luce orgullosa en su antebrazo derecho. Cubre el pequeño gorrión adornado con flores y lo masajea en cuidadosos círculos hasta que la crema vuelve a desaparecer. «¿Cómo estás, loco? Te echo de menos», tararea besando al pajarillo. Toma el lápiz de ojos negros y se dibuja una perfecta y llamativa línea negra en cada párpado. El pintalabios azabache con el que unta sus labios pone la guinda al pastel. La campana que usa doña Carmelita para comunicarse empieza a repicar desde el salón.

—¡Me visto y voy! ¡Deme un minuto!

Sus dos sobrinos lejanos, la única familia que le queda, tienen poco tiempo para ocuparse de ella, pero poseen mucho dinero que obtuvieron hace años de la venta de antiguas propiedades señoriales de la familia. Aun así, no quieren encerrarla en una residencia y prefieren que una persona cariñosa y de confianza como Alexandra esté con ella cada día ayudándola y supervisando todo

lo que hace.

Carmelita no tiene hijos. Hace unos años, estos, encargados voluntariamente de ocuparse de su bienestar, la internaron en una residencia de alto *standing* de Barcelona, cerca de ellos. A los pocos días tuvieron que traerla de vuelta a Santa Caterina, pues se le llenó la piel de un extraño sarpullido y la boca se le puso en carne viva, llena de llagas. «Necesita estar en su casa», pensaron aliviados calculando el dineral que podrían ahorrarse cada mes.

Cuando Alexandra se instaló en el pueblo, la familia le ofreció vivir en la pequeña casa de su propiedad. Tan solo le pidieron que cuidara a su tía y se ocupara de que siempre estuviera limpia y bien atendida. A parte, le pagan un buen sueldo. Confían en ella y están contentos con su trabajo. Las otras señoras del pueblo se la rifan y la intentan convencer para que vaya a sus casas un par de horas dicen, pero ella se siente cómoda como está.

Carmelita tiene una enfermedad degenerativa llamada esclerosis lateral amiotrófica, que desarrolló mucho antes de lo habitual, y que agarrota considerablemente sus músculos y mengua su coordinación. Roza los cincuenta años, pero cualquier persona que no la conozca diría que tiene más de sesenta. Lleva veinte años sin pronunciar una palabra, pues los médicos tuvieron que amputarle la lengua por alguna extraña enfermedad que Alexandra desconoce. Sonríe si está contenta y arruga la boca cuando algo no es de su agrado. Le cuesta mucho levantarse de la silla y en los días lluviosos como hoy le duelen todos los huesos. Entonces Alexandra tiene que echar más leña al fuego y abrigoarla con otra manta más gruesa.

—Carmelita, perdóneme un momento. Voy a pasear a Lía. — Carmelita frunce el ceño.

Alexandra baja apresuradamente las escaleras que conducen a la puerta principal y oculta su pijama de franela con un chubasquero que cuelga del perchero de la entrada. Su jugueteón pastor alemán hembra la sigue a tan solo un par de palmos de distancia, moviendo la cola sin cesar. Cobijadas bajo el estrecho porche exterior y en la coyuntura en la que se encuentra, se permite unos

segundos para reflexionar, considerando con detenimiento cuál será su siguiente paso. Como buena fanática de las series policíacas, un piano empieza a sonar en su cabeza con la melodía de *Se ha escrito un crimen*, y se siente preparada para interpretar a Angela Lansbury en *La señora Fletcher*.

Analiza detenidamente la puerta de los Meyer, pero no percibe detalle alguno fuera de lugar. Sube apresuradamente la calle, cubriéndose con la capucha, hasta llegar a la plaza de la iglesia, rastreando cual detective hambriento cualquier pequeño indicio inapropiado. A estas horas de la mañana, con la luna aún despidiéndose a lo lejos del horizonte, las farolas encendidas iluminan el bello rostro de la iglesia. Las callejuelas están vacías y el ensordecedor sonido de la tormenta no deja lugar a poder percibir cualquier otro susurro arrastrado por el viento. Tan solo alcanza a ver las luces encendidas de algunas casas, a través de los visillos.

Atascada en ese quebradero de cabeza que no lleva a ninguna parte, la tormenta empieza a arreciar, y Alexandra aprieta el paso para volver a casa con las manos vacías, comprendiendo que está perdiendo el tiempo. Mientras se apresura hacia la casa de doña Carmelita, un impulso irrefrenable la obliga a detenerse delante de la antigua casa de los Meyer. Alza la vista al cielo y observa que las contraventanas, que siempre están cerradas, parecen entreabiertas. Se acerca a la puerta de madera, que escudriña con detenimiento. Observa algo extraño en una de las rendijas de la parte inferior y se agacha para echar un vistazo con más detenimiento.

—Eureka. Hay luz en el interior —concluye satisfecha.

4

Miren enciende un Ducados y exhala lentamente el humo viendo cómo se desvanece en el aire. Apoyada en una de las paredes más apartadas de la entrada principal del tanatorio de Irún, escapa de la sala donde reposa el cuerpo inerte de su hijo Jon. No necesita aguantar a más parientes que hace años que no ve dándole el pésame por compromiso. Ella sabe que no la tragaban. Ni a ella, ni a su desastroso estilo de vida, ni quizás tampoco a su hijo Jon.

La mayoría son familia de su exmarido Mikel. Con la suya fue rompiendo lentamente su relación, pues ni la quería ni la necesitaba. Eran todos una panda de buitres cizañeros que nunca vieron con buenos ojos que ella antepusiera su profesión a su familia. Cuando obtuvo un puesto de trabajo mejor bien remunerado lejos de su tierra no dudó ni un instante en ahuecar el ala.

Saca la petaca del bolsillo de su abrigo y le da un par de generosos tragos al *whisky* con soda bien cargado que ella misma ha preparado esta mañana en la habitación del hotel en el que se hospeda. Sin acabarse aún el cigarro encendido, que tira al suelo tras un par de caladas más, ya se está encendiendo otro.

Ha dejado su trabajo a medias en Santa Caterina, donde trabaja actualmente como inspectora en el departamento de homicidios de la policía autonómica de Catalunya y ha regresado a su tierra por unos días para llorar esta muerte ya anunciada.

Lleva años sufriendo los incesantes ingresos de Jon en las mejores clínicas de desintoxicación del país, con la esperanza de que

en alguna de ellas pusieran fin a todas sus adicciones. Cada vez que salía parecía haberse recuperado, pero tras esa afable fachada que su hijo construía, tan solo se escondían mentiras y falsas promesas, y era imperativo volver a ingresarlo de nuevo.

Miren hizo lo innombrable para intentar ayudarlo, pero el carácter de Jon, tan parecido al suyo, jugaba en su contra. Lo único que le saciaba era su voraz afán de autodestrucción personal en el que ni ella ni su exmarido estaban invitados a participar. Su tía Ane, que la ve a lo lejos rascando un instante de paz, se acerca diligentemente para interrumpir su momento de calma.

—Miren, querida. Te doy mi más sentido pésame, hija. Esto es una tragedia que ninguna madre debería vivir —aprieta sus labios mientras la obliga a abrazarla.

—*Eskerrik asko*, tía —responde ella quitándose de encima lo más educadamente posible.

Al parecer su descanso ya ha finalizado, así que juntas se dirigen de nuevo al interior del tanatorio.

—¿Cómo estás, hija? Tienes muy mal aspecto —indaga impertinentemente la señora, que la agarra fuerte del brazo pensando que necesita su consuelo.

La belleza de Miren no es su punto fuerte. Nunca ha cuidado en exceso su apariencia física, pero sí se ha dedicado fervientemente a cultivar su intelecto. No siente la necesidad de teñir su pelo canoso, pues cree que las canas reflejan sabiduría y madurez. No usa cremas antiedad para atender su arrugada piel, tan solo un poco de Nivea que saca de un bote azul después de la ducha, como lleva haciendo los últimos treinta años. No utiliza máscara de pestañas para adornar sus pequeños ojos marrones, pero siempre lleva crema de cacao en el bolso para hidratar sus finos labios que se agrietan con facilidad a causa del frío y el viento.

—¿Qué aspecto quieres que tenga, tía? Ni siquiera me he peinado esta mañana. Estoy lo mejor que puedo estar. Entremos —resuelve haciendo caso omiso a sus palabras.

Se santigua un par de veces al ver la gran cruz de madera que cuelga en el vestíbulo del tanatorio, como suele hacer

instintivamente cada vez que se encuentra de frente con la figura de la crucifixión.

Aunque dentro el frío y la humedad se sienten ajenos y el ambiente se intuye cálido y agradable, a Miren se le hiela más el corazón, que late desganado. Una cuarentena de personas, amigos y familiares del fallecido, no dejan de observarla compadeciéndola mientras se dirige a una de las incómodas sillas que ocupaba hace un rato, y que parece que todo el mundo le ha reservado amablemente. Los que no lo han hecho todavía, se acercan afablemente mostrándole sus respetos, pero ella en el fondo sabe que la juzgan por no haber estado allí cuando Jon más lo necesitaba.

Creen que saben lo que pasa por su cabeza. Creen conocer lo que debería sentir una madre en estos momentos. Pero ella, que no sabe nada de todo esto, tan solo siente rabia, furia. Unas incontrollables ganas de tener a su hijo cara a cara y abofetearlo hasta quedarse satisfecha.

Empieza a sonar su flamante Motorola, al que todavía no le ha pillado el truco, y que también guarda en el bolsillo de su chaqueta junto a la petaca. Se disculpa con doña Begoña, una antigua compañera de cartas de su madre, que le está dando el pésame en ese momento. Lo saca y mira la pequeña pantalla. «Cruz».

—Discúlpenme un momento, es importante. —Huye aprovechando la más mínima ocasión para volver a salir de allí—. Dime, Cruz —contesta cuando está lo suficientemente cerca de la puerta como para que nadie la oiga.

—Inspectora Zapirain, ¿no ha llorado ya lo suficiente la muerte de su hijo? —se burla una voz ronca al otro lado del altavoz.

—Vete a la mierda, Cruz —suelta ella, encendiéndose otro Ducados.

—No, ahora en serio —repite la voz, viendo que quizás no era el momento más adecuado para hacer uso de su humor negro—. Sé que no es muy oportuno, pero me veo en la obligación de informarla que esta mañana hemos detenido al *bicho*, y dado que usted llevó toda la investigación, quizás le interesaría proceder con el interrogatorio cuando esté preparada.

—Como te encanta joderme mis más maravillosos momentos, ¿verdad, Cruz? —responde ella, que conoce perfectamente sus pocas ganas de trabajar, y su incesante afán por fastidiarla siempre que puede.

—No es eso, inspectora —replica rebajando el tono—. Cuando usted esté preparada la estaremos esperando.

—¿Crees que el juez de instrucción nos dejará interrogarlo eternamente? —replica—. Mañana por la tarde estoy allí.

Y dando una última larga calada al Ducados, coge aire y entra de nuevo.

5

Un caudaloso río de sangre me arrastra corriente abajo. No puedo respirar. Me cuesta nadar. Me ahogo. Alguien me extiende la mano para que la tome. Quiere sacarme desesperadamente de ahí. La agarro con todas mis fuerzas y le miro fijamente. Un niño con la cara repleta de sangre me devuelve la mirada. Precipitándome por un acantilado, despierto repentinamente de mi pesadilla.

Ha sido una noche silenciosa. El mundo empieza a recuperar su nitidez mientras, aún con los ojos entumecidos, observo a mi alrededor. Me percató de que, a un lateral de la habitación, hay una cristalera que se asoma al recibidor principal de la casa, y que ayer, presa por el pánico, no fui capaz de ver. Entre las rendijas de las ventanas entreabiertas se filtra el tenue rumor de los gorriones, anunciando la llegada de un nuevo día. La cálida luz, que penetra sin pedir permiso, le confiere a la estancia un melancólico clima de posguerra y sana mis heridas apartándome de la acechante oscuridad. Todo sigue en su lugar, tal como lo dejé. «Buenos días, hijo mío. Es hora de levantarse».

Anoche, cuando fui al baño, comprobé que la casa disponía también de agua. «¿Cómo es eso posible?», me pregunto mientras acicalo mi larga cabellera negra frente al espejo. Tengo que agacharme un poco, pues seguramente fue pensado para alguien más bajito que yo. No es que sea muy alta, pero en la época en la que se instaló no había mucha gente que midiera un metro setenta. Mis cansados ojos verdes me devuelven la mirada a través del cuarteado cristal. Baño mi rostro con la gélida agua del grifo hasta

que se ruborizan mis mejillas. La infinidad de pecas de mi cara pasan ahora casi inadvertidas ante el nuevo color de mi piel. Mojo también mis gruesos labios y me enjuago la boca con agua para deshacerme del mal aliento mañanero.

Ingiero un bar de bollos industriales que guardo en una de las maletas. Es lo único que tengo. Estoy muerta de hambre, y el bebé también. Por ahora no tengo más opciones, así que debería salir a la calle tan pronto como me sea posible en busca de alimentos.

No puedo evitar pensar en los sucesos de la noche anterior. Por culpa de un animal salvaje mi coche se ha estrellado contra un árbol, irremediamente. Quizás debería ir a comprobar su estado actual, ya con la inestimable ayuda de la luz del día.

Unos fuertes golpes que provienen de la puerta principal me devuelven al mundo real. Los golpetazos contra la carcomida madera de la puerta suenan cada vez con más insistencia. «¿Quién será?», pienso mientras me incorporo adormilada.

Bajo las escaleras con la máxima presteza que me permiten mis todavía adormiladas piernas. Me agarro el vientre con una mano mientras que con la otra me apoyo con fuerza a la barandilla para no caer. Necesito que esos golpes se detengan o me va a estallar la cabeza.

—¿Qué quiere? —musito en voz baja cuando entreabro la puerta tan solo un par de palmos.

Con los ojos aún repletos de legañas, consigo ver una chica joven de unos treinta años, de porte afable pero figón, con el pelo mal pintado de un color verde esmeralda que a mí me parece horripilante y con tatuajes hasta en las mejillas. Intuyo que el resto del cuerpo será igual.

—Buenos días, señora. Me llamo Álex. Soy la vecina de enfrente.

—¿Álex?

—Sí. Alexandra. Álex para los amigos. Cuidadora de profesión y médium por afición —responde con una molesta cantinela.

—¿Médium? ¿Habla usted con espíritus?

—Da igual... Esta mañana sin querer he visto luces en la casa

y quería saber si todo va bien —me dice mientras noto sus ojos clavados en mi tripa, analizándome descaradamente de arriba abajo.

—Eh, sí, sí, todo está bien, muchas gracias —me excuso apática mientras intento cerrar la puerta lo más educadamente que puedo.

—¡Qué colgante más bonito! —exclama señalándome al cuello.

—Sí, es una vieja reliquia familiar —respondo ocultándolo bajo mi ropa.

—No me ha dicho su nombre —insiste suplicándome como un cordero degollado con arduos deseos de que nuestra espontánea conversación no concluya aquí.

—Soy la doctora Llorca Meyer.

—¿Es usted doctora? Qué pasada, siempre va bien tener un médico cerca para conseguir algunas recetas más fácilmente. —Sonríe juguetona.

—No soy esa clase de doctora, soy psiquiatra.

—¡Qué pasada! —exclama de nuevo mientras empiezo a ver el brillo en sus ojos provocado por mi apasionante profesión, según lo que ella cree.

—Sí, bueno, no es tan apasionante como parece. —En ese momento recuerdo los cientos de veces que los celadores del hospital han tenido que bloquear frente a mí a algún paciente con un repentino brote esquizofrénico—. ¿Quiere algo más? —le pregunto a modo de despedida.

—Bueno, primero de todo, quiero felicitarla por su embarazo —destaca mientras mira con ojos avispados mi voluminosa tripa—. ¿Ha venido con el padre? ¿Van a instalarse aquí? —pregunta sin darme tregua.

El ininterrumpido séquito de preguntas está empezando a provocarme una terrible jaqueca. Soy yo la que normalmente me lanzo encima de los pacientes con un listado interminable de enigmas por resolver, pero, hoy, la insolencia inquebrantable de la *hippie* metomentodo está empezando a hartarme.

—Señorita —le comento en un tono más displicente—, me acabo de levantar, aún no he ido al baño y ni tan siquiera me he tomado el primer café. Le agradecería que se fuera. Tengo mucho trabajo aún por hacer, y a estas horas de la mañana puede usted entender que no estoy preparada para todo el amasijo de preguntas que está usted lanzándome persistentemente.

—Ya son las diez de la mañana, ¿le apetece ir a tomar un café? —insiste haciendo oídos sordos a toda mi retahíla de excusas, que parece no haber escuchado.

Mientras suspiro me doy cuenta de que no me va a dejar en paz. Quizás se sienta sola o está aburrída, o quizás no soporta su propia compañía, aunque todavía no consigo descifrar cuál es su propósito. No sé si es una simple fisgona o esconde algún otro motivo oculto. De todas formas, creo es mejor arrancarme esta espina clavada de golpe, y ceder ante sus demandas.

Apartando la vista hacia el cielo veo que el temporal empieza a remitir, y unos tímidos rayos de sol se cuelan oblicuamente por la calle irradiando calor en la parte superior de algunas de las fachadas de las casas. En la calle no hay un alma, tan solo rebaños de hojas que vuelan al unísono mecidas por el viento que corre calle abajo.

—Mire, señorita, haremos lo siguiente —sentencio asertivamente—. Va a darme usted diez minutos para que pueda asearme y vestirme apropiadamente para salir a la calle. Iremos a tomar ese café y usted va a dejar de hacer tantas preguntas. Y ya de paso me indicará dónde puedo comprar comida. ¿De acuerdo?

La muchacha sigue hablándome, gesticulando sin parar. Acepta sin rechistar mi propuesta mientras le cierro la puerta en sus narices. Doy por sentado que esperará si de verdad tiene tantas ganas de tomarse un café conmigo.

Unos minutos más tarde, cuando estoy lista con un vestido negro y un abrigo de lana marrón que encuentro en la maleta, abro la puerta de casa para atender a mi impaciente cita.

—Hagamos un trato —digo antes de que pueda pronunciar palabra—, antes de tomarnos ese café me acompañará a la entrada

del pueblo. Mi coche se estrelló anoche en un árbol a unos pocos minutos de llegar por culpa de un jabalí que se cruzó en mitad de la carretera y necesito comprobar en qué estado se encuentra.

—¡Dios mío! ¿Está bien? —exclama mostrando una preocupación excesiva hacia mi estado de salud, más incluso del que yo misma puedo demostrar.

—Alexandra, estoy bien. Y si no le importa, las preguntas las haré yo a partir de ahora.

Estoy convencida de que mi tajante manera de hablar le resulta fría e inquietante, pero dale a un niño una piruleta y volverá a por más. Quiero mantenerla a raya para que no se inmiscuya en mis asuntos. Con su matutina intrusión aún no he tenido tiempo de ver la casa con el detenimiento necesario, ni conozco el estado en el que se encuentra. Siento la extrema necesidad de analizarla concienzudamente, no tengo tiempo que perder. El bebé llegará al finalizar el invierno y quiero que la casa esté lista para los dos. Aún no sé cuánto tiempo me quedaré aquí, pero necesito convertir esa vieja casucha abandonada en un hogar agradable en el que poder vivir.

—No puede echar a la psiquiatra que lleva dentro, ¿verdad? —bromea mientras emprendemos nuestro camino.

—Primero de todo. ¿Podría decirme por qué la casa todavía dispone de luz y agua?

—Seguramente es por un fallo de hace años. Algunas casas del pueblo que en su época pertenecieron a miembros de la iglesia dependían de los suministros de esta. Creo que se debe a un error de construcción. O quizás fue hecho a propósito. Yo lo único que sé es que los antiguos propietarios le pagaban directamente al cura al finalizar el mes. Creo que si tiene agua y luz es por este motivo.

—¿Y nadie se enterará si las sigo usando?

—Mire... Haga usted como que no sabe nada. Y si alguien le pide cuentas...

Cambiando de tema repentinamente le pregunto acerca del pueblo y de su gente. A la luz del día me parece otro escenario completamente distinto al que presencié anoche, como si se

tratara de un lugar completamente diferente.

—Doctora, Santa Caterina es un pueblo muy tranquilo... demasiado para mi gusto. Pero observe —me sugiere alzando los brazos a mi alrededor—. Estamos a los pies de los Pirineos, en este valle precioso rodeado de bosques y montes.

Las altas montañas nevadas abrazan el pueblo, y lo cobijan en su regazo protegiéndolo del frío invernal. Las luminosas calles están extrañamente vacías. A través de los visillos que decoran las ventanas, pueden entreverse las luces encendidas de algunas cocinas. Si te fijas bien, algunas señoras preparan ya la comida, y un rico olor a sopa calentita asciende por las chimeneas.

Las bonitas fachadas de las casas reflejan un gusto arquitectónico soberbio. Muchas datan de antes de 1900, pero los propietarios se han ido esmerando a lo largo de los años para mantenerlas en impecable estado, todas tan limpias y ornamentadas.

Las calles, a las que no les falta detalle, anoche se me antojaban pequeñas y tétricas, pero a la luz del día se mantienen completamente limpias salvo por las hojas que arrastra el viento. Me encanta analizar meticulosamente una y otra vez el perfecto orden de los bancos de la plaza. Los árboles están todos bien cortados y mantienen la misma forma esférica. El viento silba entre sus copas y hace bailar sus hojas al unísono. Me parece incluso que estoy dentro de un plató de cine.

—Mira, Llorca. Puedo tutearte, ¿verdad? —pregunta sin necesitar una respuesta para continuar—. Desde que llegué al pueblo me enamoré de él. Te juro que en mi vida he visto un lugar tan limpio y ordenado —dice con afán.

—¿Y por qué parece un decorado de cine?

—Algunas vecinas chismosas del pueblo me han contado que el alcalde se gastó un dineral hace dos décadas para darle un lavado de cara al pueblo. Las calles nunca habían sido asfaltadas debidamente y aún estaban adoquinadas. Los coches que son cada vez más modernos y las necesidades de la gente cambian, así que consiguió todas las subvenciones del estado que pudo e invirtió todo ese dinero en transformarlo todo.

—Ya veo...

—Además —me cuenta de tapadillo—, instó a los propietarios de las casas a que las remodelaran y ya que la mayoría no tiene problemas económicos, pues poseen muchas de las tierras de alrededor, aceptaron sin oponerse.

—¿Y Santa Caterina tiene de todo?

—Aparte de hombres guapos con los que ligar, sí —bromea sin obtener el éxito esperado—. El centro del pueblo tiene un par de tiendas en las que puedes comprar todo lo que necesitas para tu vida diaria. En las afueras está la biblioteca municipal, que antiguamente era el matadero del pueblo y, a unos cinco quilómetros de aquí, está el hospital de los Pirineos. Todo lo demás son bosques y campos de conreo.

—¿Y qué me dices de la iglesia? Su aspecto es intachable —le pregunto cuando ya empezamos a divisar la aún alejada rotonda que da la bienvenida al lugar.

—Con la iglesia pasó lo mismo. El arzobispado invirtió una enorme cantidad de dinero, hace también un par de décadas, cuando el techo cedió a causa de unos fuertes diluvios, dejándola en un estado deplorable. Cuando el anterior cura, el padre Ramón, murió, trajeron a uno más joven y simpático llamado Elías.

Mientras me cuenta mil y una historietas más sobre las bondades del apuesto padre Elías, una fría ráfaga de viento agita mi rizado pelo negro con reciedumbre, y me veo obligada a hacerme una cola con una goma que siempre llevo en mi muñeca.

—Me encanta tu pelo rizado.

—Gracias. —«No puedo decir lo mismo del tuyo».

—¿El color es natural?

—Sí.

—Qué raro. Parece que asoma otro color por debajo —indaga mientras no deja de mirarme la raíz del pelo.

—No —respondo tajante—. Es mi color natural.

Las calles están desiertas y se podría decir que parecemos las nuevas dueñas del pueblo, como si un mal director de películas de miedo nos hubiera plantado en su decorado perfecto, esperando

a sacar los muertos vivientes para que nos ataquen. Empiezo a sentirme como en un abandonado cementerio, con la única compañía de nuestros pasos. Pero, como los astutos gatos, tengo un sexto sentido muy agudizado, y los pelos de la nuca se me erizan cuando el peligro acecha. Siento que, aunque no podamos ver a nadie a simple vista, nunca dejan de observarnos.

—¿Y por qué no hay nadie en la calle? —le pregunto con la misma sensación que tiene un roedor atrapado en un laberinto, oliendo cada rincón, incapaz de encontrar la salida.

—Verás, la gente de Santa Caterina es un poco reservada, como la mayor parte de pueblerinos de la Cataluña rural. De día, la mayoría trabajan en el campo u ocupándose del ganado y, de noche, cuando vuelven, ya es oscuro y prefieren encerrarse en sus casas. No son muy dados a mantener largas charlas, pero siempre están dispuestos a ayudar si lo necesitas.

—Pues parece que esté abandonado, como si fuera un pueblo fantasma.

—Sí, eso es cierto... Corren ciertas leyendas en el pueblo, de una pasado no muy lejano, y aunque parece ser que esas historias ya han caído en el olvido, la gente sigue manteniendo ese aire misterioso, como si fueran personajes de un libro de Stephen King, ¿sabes?

—¿Stephen qué?

—Stephen King. El famoso escritor de historias de miedo, ¿no lees?

—Sí, sí, pero ocupo mi tiempo leyendo otro tipo de lecturas que son más necesarias para mi trabajo. Para historias de miedo, prueba a pasar una semana trabajando en un centro psiquiátrico y podrás escribir una trilogía. ¿Qué dicen las leyendas?

—¿Qué leyendas? ¡Oh, mira! Ya hemos llegado. ¿Dónde tenemos que ir ahora?

Su hiperactividad y su déficit de atención empiezan a irritarme sumamente. Quizás a otros pueda parecerle encantador, pero yo siento que me quita el aire que respiro.

—Sigamos la carretera, diría que está a tan solo un par de

minutos andando —le indico mientras le cedo el paso con la mano.

La estrecha calzada nos obliga a ir a una detrás de la otra. La dejo que vaya delante, pues nunca he soportado el sonido que hace la gente cuando vas andando por la calle y se te pegan detrás sin intentar adelantarte. Noto su aliento clavado en mi nuca.

—Debería estar por aquí. Era la última recta antes de llegar al pueblo y allí ya veo la siguiente curva, así que no debemos andar muy lejos —digo mientras observo a mi alrededor.

—Perfecto, sigamos con la investigación, doctora. —Y dando saltitos con los brazos en jarra como una niña pequeña sigue avanzando más lentamente, como si toda esta situación fuera un juego de mesa en el que estuviera encantada de participar.

Hay algo en todo esto que no me acaba de encajar. Juraría que estoy en el lugar exacto, pero no alcanzo a ver ninguna marca de neumáticos en la carretera provocada por el súbito frenazo del vehículo descarrilándose, ni tampoco hay rastro alguno de mi coche.

Paradas en mitad de la calzada y encarando el espeso bosque de pinos escrutando cada detalle atentamente, observo por pura fortuna, a unos pocos metros de mí, que uno de los árboles que colinda con la carretera ha sido cortado recientemente.

—Creo que fue aquí —señalo.

—Qué extraño, aquí no hay nada.

—Sí, es aquí, mira, aún quedan unos pocos cristales rotos —aseguro mientras me agacho a mirar el suelo más de cerca y pellizco con suavidad varios trocitos de cristales rotos.

—¿Y el coche? ¿Lo han robado?

—¿Quién va a robar un coche destrozado? Yo lo dejé aquí y vine andando al pueblo. Estoy convencida de ello.

—¿Estás segura de que era aquí? Si este fuera el lugar, el coche debería seguir aquí —responde impertinentemente—. Todo esto es muy extraño. Aunque quizás la grúa se ha llevado el coche.

—¿Y han cortado el árbol también? —añado sarcásticamente.

—No, eso no lo harían. Aunque, quizás han querido borrar el rastro —concluye la investigadora *hippie*.

Y allí nos hallamos las dos, la mujer segura de sí misma, obstinada y decidida, y la investigadora aficionada que cree saberlo todo buscando el rastro de un vehículo estrellado que parece que nunca ha existido.

—¿Y para qué iba alguien a querer borrar el rastro de mi coche?